

SAN FRANCISCO

EL SUICIDIO DESDE EL PUENTE

En San Francisco están esperando con considerable impaciencia a un suicida: alguien que se arroje desde lo alto del puente colgante. Será el número quinientos. Se ha puesto una vigilancia especial con objeto de impedir que alguien, atraído por la considerable devoción que nuestro tiempo rinde al record, quiera tener esta gloria. Póstuma. El puente de la Golden Gate, que no llega a ser el más largo del mundo, se inauguró en 1937: quinientos suicidios en treinta y seis años no es una exageración. Aproximadamente uno por mes. Hubo tiempos en que el viaducto madrileño arrojaba cifras mejores. Más tarde se le puso una protección especial, aparte de una vigilancia, y se redujo notablemente su tétrica utilidad. Hoy no se ven en los periódicos los titulares que antes eran clásicos: "Se arroja por el viaducto y se mata".

Parece que proteger un puente es precisamente eso: proteger el puente, y no a los suicidas. Se evita el deshonor, la triste fama y la congoja perpetua de los vecinos o los transeúntes habituales. Pero el suicida escogerá otro sitio. Hay en San Francisco la curiosa opinión de que el puente crea suicidas. El psicólogo Richard Seiden mantiene que el puente atrae a las víctimas de la angustia con una especie de "atracción mística": personas que a pesar de sus problemas o de sus desequilibrios no se suicidarían, lo hacen atraídas por la llamada de sirena del puente. Una prueba que aduce: aquellos que han sido detenidos en el último momento, con un pie tembloroso ya al otro lado, no han vuelto a intentar ninguna clase de autodestrucción. Solamente un 4 por 100 se han suicidado por segunda vez, si se puede decir. Porque la cifra de los rescatados es de 1.440 en los últimos años: esto es, algo más de diez al mes. Nadie sabe, sin embargo, cuántos de ellos abordaban el suicidio con la intención de ser descubiertos y detenidos a tiempo.

San Francisco es una de las ciudades más propensas al suicidio de los Estados Unidos, pero los Estados Unidos no son el país más propenso al suicidio del mundo. Como ciudades, Berlín-Occidente supera notablemente a todas las demás. Por países, es la zona escandinava la que ofrece cifras más altas, después de Hungría (2,9 por 100 de todas las causas de mortalidad), especialmente Dinamarca y Finlandia (2,1), luego Suecia (2); con la notable excepción de Noruega, que es uno de los países de nivel más bajo del mundo, con el 0,8 por 100. Es por el momento inútil sacar consecuencias sociológicas de estas estadísticas, a no ser una: la mayor o menor finura de las estadísticas, la mayor o menor complicidad de los instrumentos sociales con las familias que tratan de evitar la declaración real de la causa de la muerte. El suicidio, unido estrechamente a la noción de pecado mortal en las religiones —puesto que el acto de acabar con la existencia humana se realiza sin posibilidad de arrepentimiento—, está considerado como un deshonor. A veces, como un delito. De persecución imposible, puesto que la muerte del culpable extingue la acción judicial, a no ser en los casos de tentativa. Algún país, alguna época, ha tratado de castigar post mortem a los suicidas consumados. En Inglaterra, hace siglos, sus cuerpos se exhibían en las plazas públicas atravesados por una estaca. Con la muerte del vampiro. Y con la misma superstición, porque el vampiro necesitaba una segunda muerte causada por otros para acabar con su vida después de la primera muerte...

En San Francisco, a la espera del suicida número quinientos del puente —donde se han instalado cámaras de televisión abiertas permanentemente, para evitar que el suicida muera sin ser gran noticia—, se debate la cuestión moral del derecho al suicidio. No se esgrimen argumentos nuevos: los moralistas clásicos lo condenan como un atentado más a la existencia humana, los libertarios insisten en que el hombre tiene tanto derecho a su propia existencia como para disponer de ella misma, los sociólogos clásicos estiman que la existencia no le pertenece a nadie, sino al grupo que le rodea y del que se ha responsabilizado, y el debate, como desde hace siglos, no tiene fin. Mientras tanto, las autoridades responsables del puente estudian un proyecto de construcción de barreras especiales que evite para siempre el deshonor para la Golden Gate: que los suicidas, si quieren, se vayan a otra parte. Y alguien ha emitido esta frase: "Las barreras para el suicidio deben ser internas. No se construyen con hierro". ■ PABLO BERBEN.

La Capilla Sixtina

LOS PERSUASORES

Leo en esa excelente revista que es "Cambio 16" un artículo sobre "Los persuasores" dedicado a los timadores de lujo, a los que se ofrecen para canalizar los pequeños ahorros para hacerlos rentables. El fantasma inflacionista —dicen esos peligrosos técnicos llamados economistas— convierte en calderilla el dinero ahorrado trabajosamente a lo largo de toda una vida. De ahí el frenesí que muchas gentes maduras y viejas experimentan casi al final del camino, angustiadas por la jubilación, la vejez, la impotencia económica. Para esas personas se construye la promesa del Jauja inversor que aportan los persuasores, y lo curioso es que estos modernos timadores mejor o peor legalizados han llegado a codearse con las alturas e incluso a financiar la campaña presidencial de Nixon. He tratado de explicar todo esto a un viejo pariente que me ha llegado de Aguilas (Murcia), con ciento treinta mil pesetas metidas entre ceja y ceja.

—Son los ahorros de toda mi vida y me rentan una miseria. Tú que tienes amistades, podrías aconsejarme la manera que me sean más rentables.

—Se lo preguntaré a la gente que escribe en TRIUNFO sobre temas económicos.

—¿Son de confianza?

—Hombre, en principio sí. Pero además, sería una simple consulta. Y puedo decirte que casi me sé la respuesta.

—¿Qué dirían?

—Que con esa cantidad no vas a obtener grandes rentabilidades en ningún negocio.

—Pero es lo que me queda después de haber trabajado para poder vivir.

El juego es macabro. Mi pariente ha trabajado para poder comer y así poder trabajar y poder comer para trabajar y llegar a viejo. Después de esta ardua empresa financiera, le queda un

excedente económico de ciento treinta mil pesetas, apenas nada si lo comparamos con el excedente de frustración y pánico que le han dejado su propia vida y la evidencia del último recorrido.

—Ginés, tienes tres salidas. Gastarte ese dinero en un vuelo "charter" a Acapulco en compañía de tu mujer. Ocho días vieniendo a todo meter.

—¿Sólo ocho días?

—Otra solución es esperar a que se autorice el juego en España y saltar la banca de San Sebastián o donde esté el casino.

—No caerá esa breva.

—Finalmente, puedes llamar al presidente Nixon (te costará unas cinco mil pesetas) y le preguntas, en confianza, qué plataforma de "persuasores" le parece más adecuada. Pon buenas maneras en el asunto y a lo mejor te sale. Le dices: "Excelencia, dígame qué sociedades de persuasores invierten en el senador Connally y coloco allí mis ahorros".

—¿Sabes qué te digo? Que la tercera solución me parece la mejor.

Días después me telefona descorazonado.

—Saltó mal, Sixto.

—¿No pudiste comunicar?

—Sí. Eso sí.

—¿Hablaste con Nixon?

—Sí. Sí. Muy campechano, oye. Muy campechano.

—¿Y le preguntaste lo que te dije?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—El hombre se me sinceró: "Mire, Ginés, qué más quisiera yo que saberlo. También tengo unos ahorritos y me iría de primera saber qué sociedades de inversión internacional van a aupar a Connally. Tengo cinco computadoras trabajando en el asunto y media docena de agentes secretos. En cuanto sepa algo se lo digo".

—Espera entonces, hombre.

—Ay, Sixto. ¿Pero tú sabes lo que pierde la peseta día a día? ■

SIXTO CAMARA